

Meditación de nuestro tiempo, José Ortega y Gasset, edición de José Luis Molinuevo, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1996, 294 páginas.

En su infatigable ordenación de los papeles sueltos de Ortega, Molinuevo ofrece ahora los textos de las conferencias que el filósofo español leyó en Buenos Aires durante los dos primeros de sus tres viajes a la Argentina, en 1916 y 1928. La serie inicial comprende como temas los problemas actuales de la filosofía, la crítica kantiana y la estética de Cervantes. La segunda serie es el contenido de la inmediata *La rebelión de las masas*.

El joven Ortega que cautivó al público porteño, es florido, didáctico y tentador, dicho esto último no sólo como activo de la tentación que difundió entre sus lectores americanos, sino también como cifra de un intento, la conciliación del biologismo con el racionalismo, a través de una travesía que busca la razón vital en la historia tras visitar y desdeñar las soluciones irracionalistas del vitalismo y el activismo, tan de moda en aquellos años. Es un Ortega que busca y se busca, en el cual las influencias son notorias y el afán de «hacerse entender», no menos notorio.

En 1928, el joven ha madurado, tiene una obra que es un derrotero y a la vez un compromiso, y se lanza sobre el tema crítico de la época: el paso de la sociedad de clases e individuos, a la sociedad de masas y caudillos. Reconocible

y conocido, su trabajo al respecto no necesita mayores comentarios.

La edición de Molinuevo, con todas las variantes de textos no destinados a la imprenta, es cuidadosísima, aparte de contener la información literaria y gráfica sobre los contactos y la recepción de Ortega en la Argentina, donde llegó a los notables y a los anónimos, tuvo discípulos y meros alumnos, interlocutores y contestatarios, todo lo cual animó de manera singular su relación con la gente de las costas platenses.

Apariencia e identidad masculina. De la Ilustración al decadentismo, Carlos Reyero, Cátedra, Madrid, 1996, 304 pp.

Los varones, como siempre han sido la mitad del género humano, atarearon y atarean a los artistas plásticos, entiéndase que sometidos a los variables cánones del figurativismo. Reyero, acotando su búsqueda entre el siglo XVIII y comienzos del XX, se zambulle en un océano de cuadros y esculturas, tipifica las figuras masculinas que encuentra y ofrece una explicación razonada de las obras, encuadrada siempre dentro de dicha tipología.

Así aparece el cuerpo masculino como heroico, trabajador, protector de niños y mujeres, salvador, satánico, seductor, seducido, amante y amado por mujeres y varones, idealizado en la anatomía modélica o individualizado en el retrato,

fuertemente perfilado en su sexualidad viril o difuminado en los límites de la androginia, lugar del triunfo del paladín o la angustia del poeta enfermo, entregado a la amistad o a la guerra, vagamente universal o patriótico, vestido y desnudo, habitante de la ciudad o la Arcadia, humano o menos/más que humano, bestia o ángel o dios.

Este periplo minucioso y abigarrado permite a Reyero ir haciendo, al par que descripciones de las obras y *curricula* de los autores, algunas observaciones teóricas, enmarcadas en la historia del arte. Por ejemplo, por qué el Siglo de las Luces prefiere los paradigmas corporales, impersonales y genéricos, y el romanticismo se inclina a la singularidad intransferible del personaje individual. También se detiene el autor, con buen tino, en la relación que aproxima o aleja al varón de la mujer, amable o temible, demasiado etérea o demasiado humana, género o individuo, y cuantos paralelos quieran contraponerse a la precipitada clasificación anterior.

Según es de rigor, el libro está ilustrado con abundancia y pulcritud, pues de otra manera sería ininteligible el texto. Reyero ha seguido la pista varonil por museos y colecciones particulares, dejándonos entrever piezas de extrema curiosidad y que normalmente están vedadas al público.

Parlamentarismo y antiparlamentarismo en España, José Manuel Cuenca Toribio, Madrid, Congreso de los Diputados, 1995 (Col. Monografías, 24).

Una obra de lectura amena y preñada de sugerencias es la última monografía que ha visto la luz con el patrocinio del Congreso de los Diputados. Su autor, uno de nuestros historiadores más fecundos, profundiza así en una línea, la del estudio de las élites políticas contemporáneas, a la que ha dedicado ya sólidos e innovadores trabajos. *Parlamentarismo y antiparlamentarismo en España* es, en este sentido, una obra fuertemente marcada por la personalidad de su autor, por su agudeza crítica, por la búsqueda de amplios horizontes temáticos y por un poco corriente dominio de la bibliografía.

Tejido a partir de los materiales aportados por tratadistas políticos, ensayistas y cronistas parlamentarios, el trabajo que nos ocupa acaba conformando el paisaje de casi dos siglos de vida y funcionamiento de las Cortes españolas contemporáneas, desde la primera experiencia gaditana al actual sistema parlamentario. Con estilo fluido y verbo preciso, el autor logra ensamblar las cinco etapas en que articula el proceso discontinuo y contradictorio de génesis y consolidación del parlamentarismo en nuestro país. Los reinados de Fernando VII e Isabel II, el Sexenio Democrático y la Restauración, la Dictadura de Primo de Rivera y la II República, el régimen de Franco

B.M.

y, finalmente, la monarquía asentada en la Constitución de 1978, son recreados a la luz de la controversia política y el debate referido a las instituciones representativas.

Unidades de regular extensión y sabiamente trabadas, encuadran una matizada valoración de las aportaciones de los principales literatos y pensadores políticos de cada momento, enriquecida por un sólido aparato crítico que se despliega en las notas finales de cada capítulo, y que, como es habitual en este autor, constituirá una valiosa orientación para los investigadores. Personajes como Larra, Balmes, Rico y Amat, Menéndez Pelayo, Galdós, Azorín, Fernández Flórez, Pla, Luca de Tena, Aguirre Bellver, Márquez Reviriego y Manuel Vicent son sólo algunas de las figuras más destacadas de las más de doscientas que, en su calidad de cronistas, ensayistas o políticos, son objeto de glosa en este libro. Un elenco que, gracias al índice onomástico que cierra la obra, resulta fácilmente accesible a la consulta.

Julio Pérez Serrano

El silencio roto, Mariano García Torres, Sevilla, Editorial Algaida, 1996, 390 págs.

Mariano García Torres es un escritor leonés, nacido en 1951. Por motivos familiares, realizó sus estudios primarios y secundarios en Suecia y los superiores en París,

donde se licenció en Filología Española e Historia del Arte. En la capital francesa ejerció como secretario personal de Miguel Ángel Asturias hasta la muerte del premio Nobel guatemalteco, situación que le permitió tratar a eximios escritores del momento. Ha viajado por medio mundo y residido en diversos países de Europa y América. Después de tan azacaneada vida, reside actualmente en un pueblo de su región natal, dedicado exclusivamente al ejercicio de la creación literaria.

Aunque en la actualidad se halla elaborando su tercer libro, *El silencio roto*, que obtuvo el XXVIII Premio «Ateneo de Sevilla» (fallado el 21 de junio de 1996 y presentado, como libro impreso, el 4 de noviembre del mismo año), es la primera novela que publica Mariano García Torres. Con ella, su autor irrumpe de manera contundente en el panorama literario español, ofreciéndonos una obra de extraordinaria madurez, insólita en un escritor novel. La sorpresa es menor cuando, por propia confesión, sabemos que García Torres lleva media vida madurando su vocación literaria y buscando una voz personal y libre de ataduras.

El silencio roto nos relata la extraordinaria peripecia vital de un ser humano —el príncipe ruso Giorgi Semlianski, renombrado como Alfonso Cifuentes después de nacionalizarse en España—, quien, tras los pasos de un amor idealizado y no correspondido, emprende un inusitado periplo vital y geográfico,

para terminar descubriendo la vileza y el materialismo del ser amado. Esa búsqueda se halla presidida por un trágico azar que lo lleva a sufrir las duras consecuencias derivadas de los momentos más desgraciados de la historia europea de nuestro siglo —el nazismo y el comunismo estalinista—, convirtiéndolo en un ser sin raíces ni destino. Mención especial requiere el exquisito tratamiento y la profundidad psicológica con que se analiza la condición homosexual del protagonista, quien parece reivindicar en la novela el derecho a esa opción vital —concebida no sólo como una atracción física, sino también como la realización personal, libremente escogida, que se obtiene a través de la concordia afectiva de dos espíritus— que las sociedades democráticas no terminan de aceptar con normalidad.

Se trata, pues, de un relato que, sin miedo a la exageración, puede calificarse de excepcional, ya que logra captar al lector, envolviéndolo en una especie de fascinación que lo arrastra desde el principio hasta el final de la historia. Uno de los grandes aciertos de la novela es la autenticidad humana que el autor ha logrado proyectar sobre el protagonista. Para dar mayor verosimilitud a su creación, García Torres emplea el recurso de presentarnos su relato como las confesiones personales de un hombre que evoca su turbulento y rocambolesco pasado en una larga grabación magnetofónica, a la que el autor sólo ha dado forma literaria.

La sincera humanidad del protagonista alcanza en el relato dimensiones cósmicas, convirtiéndose en símbolo de la humanidad sufriente de nuestro siglo y, por ello mismo, también de cualquier época. La admiración y la solidaridad que despierta ese hombre de espíritu noble, depurado por las duras pruebas a que se ve sometido, es uno de los muchos méritos que encierra el relato. A éste hay que añadir otros no menos importantes, como la técnica narrativa que emplea Mariano García Torres. El uso de una historia fragmentada en el tiempo, con constantes saltos adelante y atrás, no impide seguir la trama con total facilidad, pues el autor ha sabido proporcionar ciertamente las claves necesarias para que el lector no se pierda. Otro acierto, tan importante como los anteriores, es el estilo, basado en un lenguaje que combina sabiamente lo lírico con lo coloquial, la confesión intimista del monólogo interior con la inmediatez del diálogo de corte conversacional y espontáneo. Todo ello hace que la obra se lea con permanente interés y mantenga la tensión emocional del lector desde el principio hasta el fin.

Estos son, someramente reseñados, algunos de los muchos valores de esta novela que reclama, por sus propios méritos, ocupar el puesto destacado que en justicia le corresponde dentro de la narrativa de nuestros días, dada su indiscutible calidad artística, muy por encima de la de otros galardones